

gaba á entonar melancólicas canciones de felicidades pasadas.

—¡Qué dicha!— exclamó José.—El tío Roque se va á morir de envidia en cuanto sepa que este palacio me pertenece. Y los demás del pueblo se arrancarán los cabellos. ¡Qué dicha!

*

**

Al día siguiente José entró triunfalmente en el pueblo. Dos correos, de uniforme azul con vivos encarnados, le precedían: luego, en un coche tirado por cuatro caballos blancos, empenachados con plumas de color de rosa, iba él, rodeado de mujeres vestidas como reinas.

Una sección de monteros y guardas de campo cerraban el cortejo. Parecía un príncipe. ¿Quién le había de decir á José, el antiguo cazador furtivo, que debía desplegar tanto lujo para hacer el viaje recorrido un millón de veces con la escopeta al hombro, el perro delante y los pies calzados con las ásperas, duras y fuertes espartañas?

Sus antiguos amigos, los habitantes de su pueblo, colgaron los balcones con cobertores de damasco rojos, amarillos, blancos y azules, arrojaron cohetes á su entrada, y el dulzainero hizo prodigios de sonoridad con su alegre instrumento.

El dinero y la abundancia habían hecho de José un gran señor de veras. Sus compañeros de la infancia le saludaban con respeto, el cura le recibió con roquete y estola en la puerta de la iglesia, y Juanillo, el sacristán, que tantas veces había cazado con él, le besó la mano. ¡Fué un día de verdadero placer!

Pero también las felicidades extraordinarias tienen sus pequeñas amarguras. María, su antigua novia, la hija del tío Roque, al verle pasar con aquel boato, se echó á reír y le volvió la espalda.

—Comprende que yo no le he de hacer caso— pensó José; y apartó con menosprecio la vista de aquel ser que se atrevía á ponerse enfrente de todo el pueblo y de su felicidad.

De vuelta al palacio, sus ojos tropezaron

Tomo III.—Caza mayor y menor



Gazapos entre flores

con la silueta de la noria del tío Roque, y le pareció que aquel armatoste viejo y carcomido era una mancha para su deslumbradora finca.

Tal vez si María le hubiese sonreído, la noria hubiera tomado aspecto menos vergonzoso en la imaginación de José. Pero, después de la ofensa que aquella muchachuela loca le había inferido, la rueda de la noria era un espantajo grosero que quitaba dignidad á su finca.

Decididamente le compraría el huerto al tío Roque para darse el gustazo de prenderle fuego y reducirlo todo á cenizas. Comenzaba á tener caprichos de rico.

Y aquella noche, mientras dormitaba en su alcoba, cuyo pavimento era de mármol y cuyo techo era de oro, le pareció que el viento le traía carcajadas y risas: las quejas de la carcomida noria del tío Roque.

* *

Así pasaron los meses. José hubiera sido completamente feliz en su palacio si aquella mancha negruzca que se veía en las últimas lindes de su finca no hubiese llevado la tristeza á su corazón.

—¡Qué lástima,—decía,—que el tío Roque sea tan imbécil que no quiera vender su finca! Esa noria me entristece: parece un espectro que me acusa, una mancha de aceite en vestido de boda.

Y la verdad es que, ya estuviere en el bosque, ya en el coto, en el jardín ó en el palacio, José no acertaba á mirar á parte alguna más que al huerto del tío Roque. Aquellas maderas sucias tenían para José la atracción de lo horrible. Ni en sueños podía dejar de verlas.

—¿Por qué no le pediría yo al genio de las montañas,—pensaba,—que hundiese en el abismo el huerto del tío Roque? ¡Qué torpe fui! Eso es lo único que me amarga la vida.

Á veces examinaba su situación actual y no podía menos de felicitarse. Tenía cuanto deseó y más: mujeres que bebían en sus ojos la felicidad, riquezas bastantes para satisfacer todos sus caprichos, una cocina repleta, exquisita, cuidada; la bodega repleta de vinos generosos, las cuadras llenas de caballos, cien coches en la cochera... Pero ¡aquella maldita noria!

—¿Quiere V. veinte mil duros por la noria sola, tío Roque?—le había dicho una tarde que lo encontró de retorno de las viñas.

—No.

—Cien mil duros.

—Ni cien mil veces cien mil. No la vendo. Junto á

ella conocí á mi mujer y junto á ella nació mi hija María. Tiene para mí recuerdos que no se borran, y esperanzas de dicha que no es fácil desechar.

—Arránquela V. de donde está y guárdela en casa. Doy por este servicio el mismo dinero.

—¡Imposible! Me agrada ver sus maderos pintados de brea y sus arcabuces desportillados. Cuando en las tardes de estío duermo la siesta á su sombra, se me figura que el tiempo no ha pasado y que mi mujer, mi pobre mujer, ha de venir gallarda y hermosa á llenar su cántaro de agua y mi corazón de felicidad. Ya ha muerto, pero la noria me la recuerda viva, joven, enamorada. Por eso no la vendo, ni la quito, ni la destruyo. El dinero no es la dicha.

Y el tío Roque, después de decir estas palabras, se alejó con la azada al hombro, serio y grave, como un hombre que sabe que ha cumplido con su deber.

—¡No me quieres vender esa rueda maldita!—exclamó José.—Yo diré al genio de las montañas que la destruya.

* *

José fué aquella noche á la fuente de las estalactitas y de los juncos, y pidió á los rumores del agua, al brillo de las estrellas que fulguraban en las alturas, á los ecos del monte, que dijese á su protector que necesitaba de él.

—¿Qué quieres?—dijo la voz del genio de las montañas.

—Estoy triste. Me has engañado, no soy feliz,—dijo José.

—¿Cómo es eso? ¿Qué te pasa?

—Me pasa que la noria del tío Roque me entristece, y quisiera que la destruyese. Yo te lo pido por lo que más quieras.

—¡Imposible! Eso es una necesidad. Yo no lo puedo hacer.

—Haz un esfuerzo. Si no destruyes ese vil armatoste, no seré feliz.

—¡Miserable! Pasabas una vida aperreada é inmunda, trabajando siempre, mal dormido y mal comido; y yo, compadecido de ti, te di cuanto deseabas; ¡y ahora quieres que yo amargue la vida de un hombre por un nuevo capricho tuyo! ¡Eal! ¡Todo ha concluido! ¡Eres indigno de mi protección! ¡Vuelve á ser cazador furtivo!

El genio hizo un signo con su varita, y José cayó al suelo desmayado al ver desaparecer su palacio y hundirse en la tierra el bosque y el río, el jardín y la huerta.

Cuando tornó á la vida estaba junto á la fuente, abrazado á la escopeta; y la liebre, erguida sobre una piedra, le llamaba con el movimiento de sus patas de lanternas.

—¡Ah, pícara!—dijo.—Tú tienes la culpa de todo. ¡No te escaparás!

Y requiriendo el arma disparó; pero la liebre corría, corría con las patas extendidas, el vientre rozando el suelo y las orejas caídas sobre el lomo.

—¡Ah!—dijo filosóficamente José.—¡Cuanto más cerca tenemos la dicha más pronto huye! ¡Qué necios somos los hombres!

II

En Orrio, merindad de Durango, en Vizcaya, había un cura, gran aficionado á la caza. Teníase en aquellos contornos por el primer tirador, fama justamente



Un aldeano alborozado

alcanzada y que él procuraba conservar como el más glorioso de sus timbres.

Decían malas lenguas (pues nunca faltan) que el cura era más devoto de la escopeta que de los Evangelios, y que, más que piadoso pastor de aquel reducido rebaño de fieles podía tenerse por un cazador de oficio que en los ratos perdidos oficiaba la misa, bendecía á los muertos, bautizaba á los recién nacidos y leía la epístola de San Pablo á los enamorados.

Pero nuestro presbítero era un filósofo un tanto desprecupado, y otro tanto amigo de satisfacer sus gustos, sin importarle un comino las murmuraciones del hormiguero humano que le rodeaba.

Todas las mañanas decía la misa de alba con la rápida ligereza del que desea terminar pronto. Su ama le esperaba á la puerta de la sacristía con el morral y

la escopeta, cambiaba la sotana por un chaquetón de paño burdo, el bonete por un hongo, y soltando un silbido poco evangélico acudía un hermoso galgo de su propiedad y saltaba alegre y feliz encaminándose á los cercanos bosques, hambriento de matar.⁽¹⁾

Un día le arrancó por delante una liebre grande como un podenco y negra como un cuervo.

El cura, asombrado ante aquel hermoso animal, lanzó un grito para detenerle en la carrera, y disparó su escopeta. La liebre, que había salido incólume de los plomos, siguió corriendo, y el galgo detrás de ella *latiendo*, sin poderle dar alcance en una hora que duró la persecución, hasta que cayó rendido por la fatiga, mirando á su amo con tristes ojos.

(1) Cuentos de caza, de Pérez Escrich, de su obra *La Mancha*.